

Estado, también necesitan del estratega que sepa defender a su ciudad cuando esté en peligro; el juez que haga posible su justicia, del poeta que cante sus glorias, del zapatero que lo calce y del panadero que lo alimente. En la ciudad cada hombre, cada ciudadano tiene la obligación de cumplir plenamente con la tarea que le ha sido encomendada. ¿Qué tarea corresponde a cada uno? Esta tarea la conocerá el ciudadano si empieza por hacer lo que le pide Sócrates: conocerse a sí mismo.

Sócrates cree, como los sofistas, que el problema de la *Polis* es asunto de todos; pero no está de acuerdo en lo que se refiere al *gobierno* de la misma. No todos los ciudadanos pueden gobernar, para esto se necesita una cierta aptitud; pero tal aptitud no se obtiene, como predicaban los sofistas, por adiestramiento. Con la aptitud para gobernar, como para cualquier cosa, se nace. El arte de gobernar sólo se puede enseñar al que tiene la *virtud* o capacidad de gobernante. De aquí que Sócrates no pretenda, como los sofistas, enseñar el arte de gobernar, como tampoco el arte de la zapatería. El arte que pretende enseñar es el del conocimiento de sí mismo.

Lo único que quiere Sócrates es que cada ciudadano sea plenamente consciente del papel que le corresponde en la ciudad, de su misión o quehacer a realizar. Cada ciudadano tiene una misión igualmente valiosa: el gobernante gobernar y el zapatero hacer zapatos. Pero el problema estriba en gobernar bien y en fabricar igualmente bien los zapatos. Esta misión, correspondiente a un determinado saber, hace igualmente valioso a ambos. En su respectivo arte cada uno es absoluto. El gobernante lo es tanto como el zapatero. Cada uno tiene un saber en que es indiscutible. Lo malo es cuando este saber es discutido, entonces no hay cumplimiento de misión alguna posible.

Sócrates tiene, igualmente su misión: enseñar a los atenienses a buscarse a sí mismos. A esta misión será fiel hasta su muerte. En cumplimiento de ella ofrendará la vida. Sócrates sabía que la destrucción de la ciudad vendría fatalmente si cada ciudadano no cooperaba en el sostenimiento de su orden. Y tal orden no iba a ser posible si cada ciudadano no se limitaba a actuar dentro del mundo de sus capacidades. El mal había empezado en el mismo momento en que cada uno había hecho de la política un instrumento al servicio de sus particulares intereses, y no como debe-

## EVOCACIÓN PATERNA

### Los dos pavores

Por Alfonso REYES

(Envío del autor, en México, D. F. Véanse las dos entregas anteriores)

bre una hermosa frente. La mirada, implorante, se refugia en el cielo. La boca, levemente abierta entre el bigotillo y la fina barba, parece lanzar un suspiro. De sólo contemplar esta imagen, acuden las líneas de Paul Verlaine:

—*Qu'-tu fait, o toi que voilà  
Pleurant sans cesse;  
Dis, qu'as-tu fait, toi que voilà,  
De ta jeunesse?*

y también las de Rubén Darío:

*Tú que estás la barba en la mano,  
meditabundo*

Un día encontré en la biblioteca paterna el volumen de versos de Aurelio Luis Gallardo, poeta de Guadalajara, fruto de ese romanticismo tardío que, en las tierras americanas, se alarga hasta los años de 80. El retrato que aparece en el libro (y que he reproducido en mi correo literario, *Monterrey*, N.º. 3), es todo un documento sobre la sensibilidad de la época. Es un retrato "becqueriano", lánguido y más que melancólico. El poeta usa un vestido flojo, cuello abierto, corbata artísticamente deshecha. Con actitud transida, reclina el rostro en una mano. La corta melena cae sobre la oreja y descu-

# "RADIUS"

Calle del Variedades - TELEFONO 4692

Espejos de todas las clases  
Cuadros - Marcos - Objetos tallados  
Souvenirs - Oleos y Acuarelas  
Vidrios para sobre de muebles  
y para Automóviles

SERIEDAD - RAPIDEZ - EFICIENCIA

*¿has dejado pasar, hermano,  
la flor del mundo?*

Gallardo y yo fuimos muy amigos —me dijo mi padre—. Su hermano fué mi compañero de armas, y acaso le debo la vida.

Y de repente, aquella poesía en sordina dejó el sitio, en sus evocaciones, al estruendo de los combates; ráfaga de banderas y bayonetas, caballos que se derrumban, humo pegajoso de la pólvora negra, roto aquí y allá por la estrella de la metralla; angustiosas caminatas de polvo y sol, "dos cosas de que se hace la gloria"; celadas, carreras sin rumbo; trojas que se desbaratan y se recomponen como pueden; o bien campamentos bajo la luna, sobre cuyas filas de fusiles en pabellones y bultos de hombres arrebuados, comienza a volar, en el frío de la madrugada, el largo temblor de los clarines.

Hay un alboroto, porque se oye un ruido de cascos. Los centinelas acuden. Los hombres se levantan de un salto y echan mano a las armas. ¡Nada, lo de siempre! No es la primera vez que ocurre: un caballo desbocado trae a lomos a algún austríaco o francés, como prisionero de guerra. Porque los caballos mexicanos que arrebatada el enemigo también se portaban como buenos y ayudaban a su manera. Mal avenidos con el jinete extranjero, al que no estaban acostumbrados, venteaban de pronto, sentían la querencia de los suyos, mordían el freno, y partían, a la desesperada, en busca de nuestros campamentos, donde arrojaban al suelo su botín, entre dos o tres corvetas furiosas. ¡Oh, dioses menores de la comarca, oscuros héroes animales, la historia no ha reconocido aún lo mucho que os debe!

También acontecía que algún invasor, acarreando a la fuerza en la aventura napoleónica y enamorado de la libertad a todo trance, se pasara voluntariamente a nuestras armas, conquistado por las influencias telúricas de México. Acaso, como en León Paul Fargue (*Déchiré*), "algún numen mexicano, bloque de obsidiana con los ojos llenos de cielo, delegado plenipotenciario de la montaña y de la lluvia", había conseguido magnetizarlo.

Mi padre hablaba de un pobre francés que, aunque fiel a sus ideales democráticos, echaba de menos la paga regular, los buenos zapatos y la comida de su ejército. El fran-